

Sus redactores principales fueron Arriaza y Pablo de Jérica y Corta. En *El Conciso* (1810-1813), con una tirada de 2000 ejemplares, encontramos las firmas de Manuel Pérez, Francisco Sánchez Barbero, Bruno Portilla y Gaspar María de Oxirando; el antirreformista *Zelador Patriótico* (1810-1811) del cual se ha logrado encontrar catorce de los números de los papeles que se editarían entre estos dos años; *El Censor General* (1811-1814) de líneas también ultraconservadoras se califica por parte de los sectores liberales como «el hazme-reír de sabios y tontos». Similares posturas encontramos en el *Diario de la Tarde* (1811-1814), apodado como «Las lechuzas», el «Diario Mochuelos» o el «Diario de las Tinieblas». De carácter reformista y liberal son *El Robespierre Español* (1811-1812) con sus treinta y cuatro números; En *El Redactor General* (1811-1814) tenemos a Martínez de la Rosa, Julián Villalba, Acéibar de la Puente, Vadillo, López Cancelada, Capmany, Gallego o Alcalá Galiano; *La Abeja Española* (1812-1813) de Bartolomé José Gallardo de carácter muy satírico; en *El Tribuno del Pueblo Español* (1812-1813) colaboraron Alcalá Galiano, Álvarez Flórez Estrada, Calvo de Rozas, el Padre Andrés del Corral y Antillón; *El Centinela de la Constitución Española* (1813) de Capmany; el anticlerical *Duende de los Cafés* (1813). De postura antirreformista es *El Procurador General de la Nación y del Rey* (1812-1813) en su etapa gaditana. *El Amante de la Libertad Civil*, periódico reformista. Y, por último, el periódico *La Campana del Lugar* de ideología liberal.

La antología viene precedida de una interesante introducción que acerca al lector al marco temporal y sociocultural de la prensa del periodo constitucional, señalando las inclinaciones, gustos y formas de concebir los acontecimientos de los escritores de estas publicaciones. Las cuestiones estilísticas son abordadas igualmente, haciendo una distinción entre la poesía ilustrada más numerosa

que la también examinada prerromántica. A continuación, con gran precisión y acierto, se ofrece una breve reseña de cada una de los periódicos tratados que favorece la interpretación del corpus poético. Al final del volumen aparecen en un apéndice señalados los periódicos que, aunque no forman parte del corpus de la antología, sí es conveniente saber de su existencia para comprobar cómo la época de las Cortes fue una etapa de auténtica eclosión periodística. Del mismo modo, se adjuntan varios índices y cuadros que ayudan tanto a un mejor manejo de la antología, como al conocimiento de aspectos editoriales de interés como son los puestos de papeles públicos, las librerías y las imprentas donde se hizo factible la publicación de estos ejemplares, que añaden importantes datos económicos y sociológicos sobre la distribución y venta de estos textos.

Hasta el momento son escasos los estudios dedicados a la revisión, catalogación y edición de los textos periodísticos literarios de este periodo, por eso, el presente constituye una excelente apuesta por recuperar del olvido aspectos silenciados de la creación literaria que, sin embargo, paradójicamente son unos de los más ocurrentes y festivos de este momento histórico.

María Rodríguez Gutiérrez

DURÁN LÓPEZ, Fernando. *José María Blanco White o la conciencia errante*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.

Nacido José María Blanco y Crespo, rebautizado a sí mismo como Joseph Blanco White y conocido con una síntesis de los dos nombres que utilizó, el sacerdote, revelando, profesor, preceptor a su pesar y ensayista, quemó sus naves varias veces a lo largo de su vida.

Cambió de fe, de amigos, de ambiente, siendo él, desde luego, quien más pudo sufrir por esta situación. Desconcertó a los que más podían apreciarle, rompiendo relaciones que tanto le había costado consolidar y creó grupos de agraviados o, en el mejor de los casos, de indiferentes que acababan juzgando como volubilidad o traición el comportamiento de su protegido o amigo.

Fernando Durán, profesor de literatura española y miembro del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, se ha especializado en el estudio de las autobiografías, así como de la prensa y la literatura política durante los siglos XVIII y XIX. Nos presenta un ensayo biográfico destinado a un público no especializado. Partiendo de esa premisa, el número de páginas parece excesivo. No obstante, la explicación del contexto de la Inglaterra de principios del siglo XIX y las distintas mutaciones del biografiado, podrían explicar —que no justificar— esta extensión.

En esta obra, al incidir sobre la personalidad y la conciencia de Blanco White, trata de desmontar los, a su juicio, reduccionistas y a veces interesados puntos de vista del problema de España vinculado con el exilio o el del repudio del catolicismo.

A pesar de destacar la preponderancia de la etapa inglesa sobre la española, bien pudiera desencadenarse la *conciencia errante* que da título a esta obra por la asunción prematura de una vocación sacerdotal, presionado por su familia, y el entorno religioso contrarreformista de la sociedad sevillana de finales del XVIII. Ello condicionó su temprano abandono de esta condición y de su entorno, iniciándose la pauta de sucesivas inmersiones y rupturas con los diversos círculos culturales, políticos, religiosos y elitistas con los que convivió tanto en España como, sobre todo, en Inglaterra.

En realidad, la personalidad y las circunstancias que rodeaban a Blanco White se presentan como muy complejas, agrava-

das por haber malencauzado su vocación espiritual y de hombre de letras por la de sacerdote, error que parece perseguirle durante toda la vida, a pesar de su pública renuncia y condena del catolicismo. De vez en vez debía levantarse del sillón en el que había encajado, salir por la puerta de la casa de sus protectores y amigos con las manos vacías, buscando nuevo acomodo, con todas las repercusiones materiales y psicológicas imaginables.

Durán presenta un Blanco White preocupado por España, pero trata de eliminar los moldes y fundas en que se ha insertado, poniendo especial cuidado en presentar una persona volcada en luchar contra su propia conciencia, su fe y la forma en que ésta se inserta en el mundo, con bandazos religiosos explicables por su idea dinámica de la conciencia y una presencia de ánimo ejemplar para hacerlos públicos.

Su sumisión, nada más que a su propia razón y la capacidad para expresar su propia opinión en cualquier papel impreso, cumple las expectativas del ideal que Kant expuso en su *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* ligado a una espiritualidad que el propio Kant tampoco habría censurado. A su modo, antepuso su razón a la estabilidad profesional y social que tanto echó en falta según iba transcurriendo la segunda mitad de su vida. De esta forma, a partir del libre ejercicio racional, aunó una práctica religiosa, intelectual y ética, que podía y debía mostrar a su mundo, con todas las consecuencias.

Este cambio, no incesante, pero sí pausado en al menos cuatro momentos decisivos, era además algo que no se podía permitir sin grave perjuicio de su situación social, personal e incluso de su propia salud y subsistencia que, al menos en su etapa británica, nunca pudieron llamarse desahogadas ni boyantes.

El autor dedica el grueso de este libro a su vida en Inglaterra, donde desplegó lo

más dilatado y perdurable de su obra literaria e impulsó todos los cambios de su vida espiritual posteriores y tan relevantes como el más conocido de su enfrentamiento y denuncia de la iglesia católica romana.

Por ello, la explicación del ambiente cultural, político y religioso británico se hace imprescindible, uno de los grandes aciertos de esta obra, aunque a veces la explicación prolija de las circunstancias religiosas que envuelven al protagonista ocupa una extensión que lastra esta biografía.

A lo largo de su vida, evoluciona del catolicismo tradicional español, al ateísmo, donde se quedan algunos de los estudios críticos anteriores. De ahí pasa a la fe anglicana, para terminar, al fin, ligado al pequeño grupo de los unitarios, negando la trinidad de Dios, y denunciando el anglicanismo, que percibe como otra cara de la iglesia papista y sometida a un estado, con las consecuencias que le trajo esos cambios en un país casi liberal, moderno, pero no abierto por completo a la libertad de cultos, y donde la religión oficial se encontraba en lugares decisivos para sus intereses, como la Universidad de Oxford.

En cuanto a sus ideas políticas, el autor presenta a Blanco White como avanzado en derechos civiles, pero conservador en el orden social y constitucional, al menos en su primera etapa inglesa, posición que con el tiempo se tornaría más liberal.

Gran parte de esta obra trata sobre la posición religiosa y los cambios espirituales en Blanco White. De esta posición y sus avatares saca el autor la materia para explicar tanto cambio y la llegada a una posición última y penúltima, si se me permite, en la que Blanco White aparece como un defensor de un cristianismo libre, ajeno al miedo espiritual, y a infalibilidades de las cabezas de la iglesia, anglicana o romana. En un cristiano, incluso moderno, quizá no tanto en un cristiano actual, llega a sorprender su defensa de la razón, por encima de la

Biblia. Su posición de creyente sumergido en un baño moral, que confía en la salvación del alma que sigue el camino de Cristo, supera y desecha las agudezas teológicas.

Sorprende que su idea de libertad, por la que tantas cosas tuvo que pagar a lo largo de su vida, la cimenta –algunos dirán que la justifica– sobre una base cristiana, pero racionalista al fin, puesto que defiende la libertad como una herramienta para buscar la verdad por medio de la razón, llamándola *libertad cristiana*. Y esto, como viene a decir el autor casi al final del libro fue su problema –ejercer la mayoría de edad kantiana, basada en el *sapere aude*- y lo que dio unidad a su vida –un deseo de libertad basado en la razón–.

Para los más interesados, se señala lo incompleto de estudios parciales que expliquen muchos de los hechos expuestos en la obra. Más relevante parece aún la reivindicación de verter al español la obra en inglés, al menos la esencial. En realidad, se trata de una deuda que España no ha saldado con este hijo pródigo. Es de agradecer la llamada a que alguien retome el guante, así como su invitación a conocer a Blanco White a través de su *Autobiografía*, y de las *Cartas de España*, ambas obras accesibles al público.

Se echa en falta, a lo largo del libro, una mayor división en capítulos, que en algunos casos, como en «Juan sin Tierra», y «Como Jonás bajo la calabacera marchita», resultan difíciles de rematar, por su extensión. Sin embargo, las notas, tan relevantes como el texto del que parten, son mucho más divulgativas que académicas, informan, y esbozan para los estudiosos nuevas líneas de investigación por abordar.

Con lo escrito en tantos libros, con el inapreciable apoyo de *The life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself...* (una reunión de diarios y autobiografía editados por su albacea J. H. Thom, obra fundamental sin traducción completa) Durán supera el *problema de España* que tanto

público empujó hace años hacia Blanco White, y nos cuenta a un José María Blanco White más rico, como una conciencia que busca y como un ejercicio de fe, razón y libertad. Toda una vida.

Jesús Machuca

VILLENA, Elvira. *El arte de la medalla en la España Ilustrada*. Madrid: Centro Cultural Conde Duque, Concejalía de Las Artes del Ayuntamiento de Madrid, Fundación Caja Madrid, 2004.

A pesar de que la coincidencia de títulos entre el presente estudio y el de la exposición desarrollada en el Centro Cultural Conde Duque de Madrid entre el 28 de abril y el 20 de junio de 2004 pudiera inducir a considerar al primero como una relación ordenada e individual de las medallas acuñadas en la España de la Ilustración, es decir, como un catálogo de la segunda más o menos aderezado con las consabidas introducciones y acicalado con los ornatos de rigor encaminados más a rellenar de páginas el volumen que a dotar de consistencia un análisis científico, el *Arte de la medalla en la España Ilustrada* de Elvira Villena se presenta, por el contrario, como un riguroso tratado sobre la técnica del grabado español en el siglo XVIII, producto de una documentada tesis doctoral.

Una simbiosis, afortunadamente posible gracias a la cooperación interinstitucional de la multiplicidad de administraciones existentes en el estado español y de las entidades financieras y grupos empresariales que, en los últimos años, ha plasmado una de sus improntas en la aproximación al gran público de distintas disciplinas científicas, artísticas y culturales conceptualmente minoritarias en su gestación, análisis y difusión. En el caso concreto que nos ocupa en un objeto de estudio especializado como la

medalla, con unos límites que cronológicamente bordean el siglo XVIII (entre 1715 y 1808) y que espacialmente se circunscriben al territorio peninsular de la Monarquía Borbónica española. El compromiso del Ayuntamiento de Madrid, a través de la Concejalía de las Artes de Madrid, del Centro Cultural Conde Duque y de la Fundación Caja Madrid no sólo hicieron factible en un primer momento la propia exposición, sino la posterior edición de un cuidado ensayo que, como muy bien aduce la Concejalía de Las Artes, Alicia Moreno, propicia un viaje al Siglo de las Luces a través de unas medallas que ilustran en sus anversos los sucesos de la historia de los que son testigos, asociando en sus anversos a los monarcas bajo los cuales tuvieron lugar.

Se cumplían 40 años desde la exposición de *La médaille espagnole actuelle*, celebrada en la *Monnaie* de París de octubre a noviembre de 1964, y tres desde la publicación de *La medalla modernista* de Javier Gimeno Pascual, el excelente catálogo de una no menos magnífica muestra homónima desarrollada en el Museo Nacional de Arte de Cataluña de Barcelona (que completaba la visión más contemporánea de la misma), cuando la publicación de Elvira Villena en el año 2004 venía a colmar el vacío existente de la etapa precedente en la que, precisamente, la medalla española alcanzaría su cenit técnico y artístico.

El acceso al trono de una rama de los Borbones franceses de resultas de la Guerra de Sucesión supuso para España el inicio de una serie de profundas transformaciones económicas (fomento de la industria nacional, proteccionismo...), administrativas (reorganización del aparato burocrático, incremento de la centralización...), políticas (nacionalismo, incremento del centralismo...), religiosas (regalismo, expulsión de jesuitas...). Formando parte de estas reformas y de la gradual institucionalización del mundo de la cultura (creación de